

con semillas muy selectas y parte con semillas de un valor muy relativo, y sometida la milpa a un intenso cultivo, hemos visto que no es posible notar diferencia.

En otra parcela, descuidada hasta cierto punto, el maíz de semilla muy selecta, dió, o va dando, un resultado mediano.

Y si se descuida la buena semilla y el buen cultivo, pronto aquel maíz, o la planta de que se trate, vuelve a convertirse en planta poco estimable.

Eso en las plantas; en los animales pasa igual cosa.

Una vaca de raza muy escogida, gran productora de leche, exige cuidados especiales; el día que esos cuidados, en trato y alimentación, no se le dan; la vaca disminuye su producción, pierde belleza y tiende a convertirse en lo que antes era.

Un gato doméstico, amigo de la casa y de la gente, tirado a la montaña es, al muy poco tiempo, una fiera como cualquiera otra.

Las abejas que son en un colmenar mansas, laboriosas y bonitas, al volver al estado rústico, se hacen muy agresivas, cambian de aspecto y se convierten en perezosas.

Si la selección natural existiera, ninguno de esos fenómenos, que son unos pocos entre los miles que podríamos citar, se produciría.

La selección natural, si existiera, habría eliminado ya a los productos mediocres.

El hombre sí puede seleccionar, pero esto debe hacerse constantemente porque la selección carece de valor permanente.

Eso que decimos de las plantas y de los animales se refiere al hombre también: la llamada civilización es obra de cada día y con sólo que se descuide, la regresión se manifiesta.

Nos habían dicho que la selección natural está basada en el afán de vida o lucha por la existencia y esto tampoco lo hemos podido constatar en el reino vegetal.

En el hombre, en virtud del egoísmo, la lucha existe cruda y terrible; en los animales es menos y en las plantas, si acaso existe, es tan débil que no puede notarse.

Hay un afán por la luz, pero esto rara vez se traduce en lucha a muerte.

Si la lucha existiera, veríamos a estas horas únicamente vegetales de gran potencialidad y habrían desaparecido desde ya hace tiempos, los seres simples o débiles. No sucede así.

No necesitamos explicar gran cosa; aquel que haya entrado a una selva virgen donde árboles seculares, desde tantos siglos nacidos, viven en compañía de musgos, helechos, líquenes, orquídeas, lianas, etc., puede fácilmente comprender. El líquen cubre

al viejo árbol, la orquídea se columpia en sus ramas; por ellas, como una serpiente, van trepando las lianas. No se nota allí fatiga, ni lucha, ni muerte.

Las plantas cultivadas sí desaparecen, pero esto puede deberse a que el cultivo ha hecho desaparecer en ellas las condiciones naturales que las capacitan para la vida primitiva.

Algunas no perecen sino que se adaptan.

Al hombre civilizado le sucedería algo semejante si fuera colocado, un día cualquiera, en el centro de una selva.

Alguna vez un organismo vegetal arruina a otro, pero no siempre es el más débil quien perece.

¿Conocéis el *matapalo*? Es bien débil y muchas veces muere en sus «manos» un potente árbol.

O no existe la supervivencia del más fuerte, o es que no comprendemos cuál es el más fuerte.

¿Será el que mejor se adapta?

Entonces el más simple organismo vegetal o animal es, en realidad, *el más fuerte*.

JUAN J. CARAZO

Un rayo de luz en la sombra

CUANDO el mundo se agita en medio de terribles pasiones y los hombres afilan sus uñas para defenderse de infinitos peligros sociales y revolucionarios, surge un caso emocionante de generosidad. Un caso que inunda de esperanza el alma, combatiendo el propio escepticismo que fué naciendo,

poco a poco, al calor de una colectiva maldad humana.

El hombre inicia a veces—, mísero gusano, pigmeo en la enorme amplitud terrestre—, un elegante vuelo de águila, que se encara audaz con el sol. Una frase, una promesa, un ofrecimiento, pronunciados con lágrimas en los ojos, y una suprema vibración espiritual, nos afirma rotundamente que no es un sueño de poetas la fraternidad predicada por el Rabí el Galilea. Y todo lo feo o torcido nos parece menos feo y torcido, y lo hermoso, sublime.

Un poeta—, Saint Paul Roux—, nos da a conocer el hecho en un artículo publicado en un diario de Brest. El pintor Lemordant se quedó ciego recientemente. Lo que en cualquier ciudadano hubiera sido una desgracia, en un artista del color es una tragedia. La vida, en una de sus ironías paradójicas, ha quitado al arte uno de sus más ilustres maestros. El que recogió con sus pinceles la belleza multiforme y cromática de los paisajes de Bretaña; el que retuvo en la retina los bravíos encrespamientos del mar o las calmas serenas del agua en las noches de luna; el que dedicó su vida a recoger en el santuario de su espíritu las emociones de la perspectiva para inmortalizarlas luego a través de un temperamento original, ha entrado en el reino de la sombra cuando todavía late su corazón... Ciertamente que por esta dolorosa circunstancia su luz interior no se apagó y que quizás ahora luce más radiante; pero, ¿acaso el medio de expresión no quedó anulado?

Beethoven, sordo, siguió componiendo sus maravillosas sonatas; el sonido, en su mágico ritmo, siguió esclavizado al genio. La inspiración puso lo demás.

Lemordant, ciego, es un muerto que camina, mordido por los perros rabiosos de la impotencia y de la melancolía. Los días pasados al pie del caballete con la febrilidad del creador ya

Revista de Occidente

PUBLICACION MENSUAL

Director:

José Ortega y Gasset

Secretario de Redacción

Fernando Vela

Madrid

Apartado 12.206

Avenida de Pi y Margall, 7
(segundo trozo Gran Vía)

INDICE DEL NUM. I

Propósitos.

PÍO BAROJA: *Una Feria de Marsella*
JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *La poesía de Ana de Noailles*
JORGE SIMMEL: *Filosofía de la moda*

NUEVOS HECHOS, NUEVAS IDEAS:

AD LFO SCHULTEN: *Tatessos, la más antigua ciudad de Occidente*
FERNANDO VELA: *El individuo y el medio: nuevas ideas biológicas*
CORPUS BARGA: *La humanidad de espaldas*

NOTAS:

ANTONIO ESPINA: *Libros de otro tiempo* (Galdós, Matheu).
A. E.: *Gerardo de Diego, Soria* (poesías).
ALFONSO REYES: *Espronceda*.
A. MARICHALAR: *J. Cocteau, Le Grand Ecart*: Radiguet, *Le diable au corps*.
C. B.: «La noche de Babilonia», por Pablo Morand (en *Ferné la Nuit*).
ASTERISCOS.
LA FLECHA EN EL BLANCO.
BIBLIOGRAFIA.

ORNAMENTACIÓN DE BARRADAS

Pida la suscripción

a los señores

Sauter y Cía.